

a. 1); y otro mediante la impresion de las especies por Dios, del cual modo el entendimiento puede conocer cada cosa en particular (1): porque, así como Dios, en cuanto es causa de los principios universales é individuales, conoce por su esencia todas las cosas tanto universales como singulares (C. 14, a. 2); tambien las sustancias separadas pueden conocer las individuales por las especies, que son ciertas semejanzas participadas de aquella esencia divina. Sin embargo hay en esto diferencia entre los ángeles y las almas separadas; y está en que los ángeles tienen por estas especies conocimiento propio y perfecto de las cosas, mientras que las almas separadas tienenlo confuso: así es que los ángeles en razon de la eficacia de su entendimiento pueden por esas especies conocer, no solo específicamente las naturalezas de las cosas, sino tambien las individuales comprendidas en cada especie; pero *las almas separadas no pueden conocer por dichas especies sino únicamente aquellos singulares, á que de algun modo son determinadas, sea por su conocimiento precedente, ó por alguna afección, ya por natural habitud, ó por disposicion divina*; porque todo lo que es recibido en algun sujeto, lo es segun el modo del recipiente.

Al argumento 1.º dirémos, que el entendimiento por vía de abstraccion no es cognoscitivo de los objetos singulares (2); mas no es de esta manera como los conoce el alma separada, sino del modo dicho.

Al 2.º que el conocimiento del alma separada es determinado á las especies ó individuos de aquellas cosas, en orden á las cuales tiene el alma alguna determinada predisposicion, conforme á lo espuesto (*poco há*).

Al 3.º que el alma separada no tiene las mismas relaciones con todos los objetos singulares; sino que en orden á unos tiene alguna actitud, en la que no se há

(1) No solo indirecta, si tambien áun directamente, como es fácil colegir de lo que á continuación se lee.

(2) Pues la abstraccion misma los universaliza, segun queda repetido ya en diversos lugares, limitándose ademas y por lo mismo á conocerlos solo indirectamente y merced á cierta operacion refleja, que asimismo dejamos varias veces explicada.

(3) Así el conocimiento de las almas glorificadas no es igual en todas, sino proporcionado á sus diversos grados de beatitud, conforme á lo espuesto (C. 12, a. 6). Véanse allí las notas 4, pág. 87; y 2 de la 88.

(4) La ciencia asimilada al entendimiento con plena certi-

respecto de otros. No hay por lo tanto la misma razon, para que conozca igualmente todas las cosas individuales (3).

ARTÍCULO V.—*El hábito de la ciencia aquí adquirida permanece en el alma separada?* (4)

1.º Parece que el hábito de la ciencia adquirida durante la vida presente (5) no permanece en el alma separada; pues dice el Apóstol (1 Cor. 13, 8): *la ciencia será destruida*.

2.º En este mundo algunos ménos buenos descuellan por su saber, careciendo de ciencia otros mejores. Si pues el hábito de la ciencia permanece en el alma despues de la muerte, seguiríase que áun en la otra vida algunos ménos virtuosos serían preferidos á otros más santos: lo cual parece inconveniente (6).

3.º Las almas separadas tendrán la ciencia por el influjo de la luz divina: y, si la ciencia adquirida en este mundo persevera en el alma separada, resultará que en un mismo sujeto habrá dos formas de una sola especie: lo cual es imposible (7).

4.º Aristóteles dice (De prædic. qualit.) que «el hábito es una cualidad, que cambia difícilmente» (8). La enfermedad ú otras causas de esta índole desvanecen algunas veces la ciencia en esta vida; y sin embargo ninguna vicisitud se experimenta en esta vida tan transcendental como el cambio producido por la muerte; parece pues que por esta se estirpa (9) el hábito de la ciencia.

Por el contrario, San Gerónimo dice (Epist. ad Paulin.): «aprendamos en el mundo cosas, cuya ciencia permanezca con nosotros en el cielo».

Conclusion. *El hábito de la ciencia adquirido en esta vida, y que grabado en el entendimiento mismo es inmune de corrupcion per se y per accidens, permanece en el alma separada; mas no en cuanto*

dumbre es bajo el aspecto de su permanencia en el alma comparable á la de los conocimientos infusos, ó sea, la sabiduría, de la que dice Salomon (Sap. 6, 13): *Clara es la sabiduría, y que nunca se marchita*. Hé aquí el principal y más sólido fundamento de la doctrina aquí sentada.

(5) *Hic*.

(6) Inconciliable al parecer con la divina justicia.

(7) Siendo la forma la que se individualiza en la materia, segun lo dicho (C. 3, a. 2, 3.º). Véase allí la nota 4, pág. 22.

(8) A diferencia de la disposicion, «fácilmente variable» (dice), *facile mobilitis*.

(9) Se disuelve ó desvanece, *corrumpatur*.

á los conocimientos depositados en sus potencias inferiores.

Responderémos, que algunos supusieron que el hábito de la ciencia no existía en el entendimiento, sino en las potencias sensitivas, tales como la imaginativa, la cogitativa y la memoria; y que las especies inteligibles no se conservaban en el entendimiento posible. Si esta opinion fuese verdadera, se seguiría que, una vez destruido el cuerpo, el hábito de la ciencia aquí adquirido sería totalmente aniquilado. Pero, hallándose la ciencia en el entendimiento, que es (De anima, l. 3, t. 6) «el lugar de las especies»; el hábito de la ciencia adquirida en este mundo debe residir parte en dichas fuerzas sensitivas, y parte en el entendimiento mismo. De esto podemos darnos cuenta, juzgando por los mismos actos conducentes á la adquisicion del hábito de la ciencia; puesto que los hábitos son semejantes á los actos, de que se forman (Eth. l. 2, c. 1) (1). Los actos pues del entendimiento, segun los cuales se adquiere la ciencia en esta vida, se efectúan por la atencion prestada á las imágenes sensibles, que se hallan en las mencionadas fuerzas sensitivas. Por consiguiente en virtud de estos actos el entendimiento posible adquiere cierta facultad de considerar por las especies recibidas, y las potencias inferiores adquieren tambien por su parte cierta aptitud, que proporciona al entendimiento con ayuda de ellas mayor facilidad de sondear las cosas inteligibles. Pero, así como el acto del entendimiento existe principal y formalmente en el entendimiento mismo, aunque material y dispositivamente en las potencias inferiores; otro tanto debe decirse del hábito. De donde se infiere que *el alma separada no conservará lo que de la ciencia presente posee alguno en las potencias inferiores, pero si necesariamente todo lo que tiene en el entendimiento mismo*. Por-

(1) *Ex similibus operationibus habitus fiunt*, dice aún más expresamente, despues de citar ejemplos de varios actos de virtudes por ellos constituidas: «las operaciones semejantes producen hábitos análogos».

(2) Una de las obras de Aristóteles vulgarmente conocidas bajo el dictado de *Pequeños tratados naturales* ú *Opúsculos*.

(3) Considerado únicamente como potencia; pero en su complejo concepto de potencia y á la vez sustancia del alma, cuya potencia es, la incorruptibilidad del entendimiento queda demostrada en la C. 75, a. 6, cita que (dicho sea de paso) hallamos equivocada (65 por 75) en la anotacion respec-

que, segun se hace notar (Lib. de longitud. et brevit. vitæ (2), c. 1 y 3), una forma se corrompe de dos maneras: 1.ª por sí misma, cuando es destruida por su contraria, como el calor por el frio; 2.ª por accidente, siendo destruido el sujeto. Ahora bien: es evidente que por la destruccion del sujeto no puede ser borrada la ciencia depositada en el entendimiento humano, por ser el entendimiento incorruptible, como se ha demostrado antes (C. 79, a. 2, al 2.º) (3); y tampoco las especies inteligibles, que se hallan en el entendimiento posible, pueden ser destruidas por lo contrario; porque nada hay contrario á la intencion de los inteligibles, y ménos aún en cuanto á la simple inteligencia, por la que se entiende (*quod quid est*) la esencia ó quiddidad de cada cosa. Pero en cuanto á la operacion, por la cual el entendimiento compone y divide, ó áun ratiocina, sí se halla contrariedad en el entendimiento, en razon á que lo falso en una proposicion ó razonamiento es contrario á lo verdadero; y de esta manera la ciencia puede ser corrompida algunas veces por su contrario, es á saber, cuando por una falsa argumentacion es uno desviado del conocimiento de la verdad. Por esta razon Aristóteles (ibid.) señala dos maneras de viciarse la ciencia *per se*: 1.ª por el olvido de parte de la memoria; 2.ª por error procedente de falsa argumentacion. Pero esto no tiene lugar en el alma separada. Concluirémos pues en vista de esto que *el hábito de la ciencia, en cuanto se halla en el entendimiento, permanece en el alma separada* (4).

Al argumento 1.º dirémos, que San Pablo no habla allí del hábito de la ciencia, sino del acto del conocimiento: así, para probarlo, dice, *ahora conozco en parte* (5).

Al 2.º que, así como alguno ménos perfecto en la estatura del cuerpo será

tiva de la edicion de Nápoles. Léanse las interesantes notas 3, 4 y 5 de la pág. 590.

(4) Lo que prueba la importancia (áun ulterior á la vida futura) de los conocimientos adquiridos durante la vida actual, bien al contrario de lo que ha dado ocasion á la nota 8, página 728.

(5) La ciencia pues, que *será destruida*, es únicamente la errónea ó inexacta, imperfecta é incompleta al ménos, la falsa ciencia; que la verdadera y legitima recibirá su complemento, reemplazada con inmensa ventaja por la sabiduría aneja á la vision beatífica.

mayor en alguna otra ventaja (1); tampoco hay inconveniente en que alguno ménos virtuoso conserve en la vida futura algun hábito de ciencia, del que no se halla dotado otro más bueno. Pero esta superioridad es casi de ninguna importancia en comparacion con las demas prerrogativas, de que gozarán los mejores.

Al 3.º que estas dos ciencias no son de una misma naturaleza: luego no se sigue inconveniente alguno (2).

Al 4.º que la razon de aquel argumento se refiere á la corrupcion de la ciencia, en cuanto á lo que proviene de parte de las fuerzas sensitivas.

ARTÍCULO VI. — ¿El acto de la ciencia adquirida en este mundo permanece en el alma separada? (3).

1.º Parece que el acto de la ciencia aquí adquirida no permanece en el alma separada: porque Aristóteles dice (De anima, l. 1, t. 66) que «disuelto el cuerpo, el alma ni recuerda ni ama». Considerar lo anteriormente conocido es recordar. Luego el alma separada no puede tener acto de la ciencia, que aquí adquiriera.

3.º Las especies inteligibles, no serán (4) más potentes en el alma separada, que unida al cuerpo. Mas por las especies inteligibles no podemos al presente conocer, sino recurriendo á las imágenes sensibles, como ya queda dicho (C. 84, a. 7). Tampoco pues podrá hacerlo el alma separada; la cual por consiguiente de ningun modo podrá conocer por las

(1) No faltan autores respetables, que opinen que después de la resurreccion universal los hombres todos obtendrán en su cuerpo la estatura proporcionada y perfecta de Cristo en la plenitud de su virilidad, fundándose principalmente en las palabras de San Pablo (Philipp. 3, 21): *reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo...*; opinion que el Doctor Angélico refuta (Suplemento á la 3.ª parte, C. 81, a. 2).

(2) Aquí se notará el error de Escoto, al suponer incompatibles en el alma separada los hábitos de la ciencia adquirida é infusa, por cuanto dos accidentes de la misma especie no pueden existir en un mismo sujeto; y además porque no puede concebirse diferencia específica entre la especie v. gr. de piedra, que el alma lleva de aquí, y la misma especie de piedra, que se le infunde después de separada: así como no hay diferencia entre la vista, que uno naturalmente tiene, y la que se infunde por Dios en un ciego, por ejemplo. Y decimos error, en razon á que este modo de discurrir va fundado en una cosa, que no es exacta, á saber, que la ideas infusas y adquiridas, que versan acerca de un objeto, representan á este de igual modo; siendo así que no sucede tal, pues segun la doctrina del Doctor A. las especies infusas son más estensas y universales que las adquiridas por el hombre durante

especies inteligibles adquiridas durante la vida.

3.º Aristóteles dice (Eth. l. 2, c. 1 y 2) (5) que «los hábitos producen actos semejantes á aquellos, por los cuales son ellos adquiridos»; y, pues el hábito de la ciencia se adquiere aquí por actos del entendimiento, que recurre á las imágenes sensibles; no podrá en consecuencia producir otros diversos. Mas, como tales actos no competen al alma separada, síguese que no tendrá acto alguno de la ciencia aquí adquirida.

Por el contrario, se dice al rico abismado en el infierno (Luc. 16, 25): *acuérdate que recibiste bienes en tu vida* (6).

Conclusion. *El acto de la ciencia adquirida en la tierra permanece en el alma separada, pero de diverso modo que aquí.*

Responderémos, que en el acto deben considerarse dos cosas, su especie y su modo: la especie se toma del objeto, á que se dirige el acto de la potencia cognoscitiva, mediante la especie, que es la semejanza del objeto; pero el modo del acto se estima segun la virtud del agente: así el que alguno vea una piedra se verifica por medio de la especie de la piedra, que está en el ojo; mas el verla distintamente y á fondo es debido á la potencia visiva de este órgano. Siendo pues cierto que las especies inteligibles permanecen en el alma separada, como se ha dicho (a. 5), pero el estado de ella diverso del de acá; infiérese que segun las especies inteligibles aquí adquiridas puede el alma separada conocer lo que ya ántes

la vida mortal. En su consecuencia decimos que la especie v. gr. de piedra, adquirida por los sentidos, se circunscribe precisamente á los límites de la misma piedra; mientras que el objeto aducido de la especie infusa es una cosa más común y tiene más dilatado horizonte, estendiéndose á la piedra y á otros muchos particulares. De donde resulta que las especies adquiridas y las infusas pertenecen á un orden distinto. — M. C. G.

(3) Véase la nota 3, pág. 724.

(4) «No son» respecto de las que en la actualidad se hallan en tal estado; «no serán», dice, refiriéndose á las de los que aún vivimos, cuando haya sobrevenido la separacion por la muerte.

(5) Sustancialmente, aunque no espresamente en esos propios términos.

(6) Teofilacto califica de *insipientes* á los que llaman historia ó narracion á la parábola del epulon y Lázaro, esforzándose por otra parte en deducir erróneamente que las almas no serán condenadas ántes del juicio final, á cuyo empeño responde el de conceptualarla con el solo carácter de simbólica é instructiva fábula, que no le niegan aquellas respetabilísimas autoridades. Véanse las notas 7, pág. 727; y 4, pág. 729.

conocia; mas no del mismo modo, es decir, recurriendo á las imágenes, sino de un modo conveniente á su estado de separacion. Así pues *el acto de la ciencia adquirida por el alma en esta vida permanece efectivamente en ella, cuando está separada; mas no del mismo modo.*

Al argumento 1.º dirémos, que el filósofo habla de la reminiscencia, en cuanto la memoria pertenece á la parte sensitiva; y no de la memoria, segun que existe en el entendimiento, como se ha dicho (C. 79, a. 6).

Al 2.º que el diverso modo de entender no proviene de la diversidad de las especies, sino del diverso estado del alma inteligente.

Al 3.º que los actos, por los que se adquiere el hábito, son semejantes á los producidos por los hábitos en cuanto á la especie del hábito; mas no en cuanto al modo de obrar: porque el ejecutar obras justas, pero no justamente, esto es, con delectacion, produce el hábito de la justicia política, por el cual obramos con deleite.

ARTÍCULO VII. — ¿La distancia local impide el conocimiento del alma separada? (1)

1.º Parece que la distancia local es un obstáculo al conocimiento del alma separada: porque San Agustin dice (De cura pro mortuis agenda, c. 13) que «las almas» de los muertos se encuentran allí (2), «donde no pueden saber lo que pasa en la tierra». Pero saben lo que pasa entre ellos; luego la distancia local es un impedimento al conocimiento del alma separada.

2.º San Agustin dice (De divinat.

(1) Suponiéndola situada en determinada localidad y localmente distante en tal concepto de otras y de otros lugares y objetos tan solo accidentalmente; pues *per se* y absolutamente hablando ni se halla propiamente localizada en lugar fijo y definido, ni por consiguiente media tal distancia local entre ella y los diversos objetos del conocimiento, de que aquí se trata: observa el C. Cayetano, para prevenir recelos sobre contradiccion entre el tema de este artículo y lo anteriormente establecido.

(2) En tal situacion, *ibi*.

(3) Metafóricamente, como deben interpretarse tambien las palabras *lingua* del rico, *dado* de Lázaro y *seno* de Abraham; pues ninguno de ellos tenía realmente allí y entónces miembro alguno corporal, como es sobradamente obvio y claro.

(4) Sus especies inteligibles.

(5) Dice Escoto que para la abstraccion *simpliciter* ó consi-

dem. c. 4 y 5) que «los demonios á causa» de la rapidez de su movimiento nos dan «á conocer algunas cosas desconocidas»; y en esto nada influiría la rapidez del movimiento, si la distancia local no fuera un obstáculo al conocimiento de los demonios: luego con mayor razon lo es para el alma separada, inferior al demonio segun su naturaleza.

3.º La distancia local es análoga al intervalo de tiempo. Es así que la distancia del tiempo impide el conocimiento del alma separada, puesto que no conoce las cosas futuras. Luego parece que la distancia local impide tambien este conocimiento del alma separada.

Por el contrario, escrito está (Luc. 16, 23) que *el rico, cuando estaba en los tormentos, alzando sus ojos* (3), *vió á Abraham á larga distancia*. Luego la distancia local no impide al alma separada el conocimiento.

Conclusion. *La distancia local de ningun modo impide el conocimiento del alma separada, la cual conoce por el influjo de las especies debidas á la divina luz, independiente de toda distancia.*

Responderémos, que algunos pensaron que el alma separada conocia las cosas singulares, abstrayendo de los objetos sensibles (4). Si esta opinion fuese verdadera, podría entónces decirse que la distancia local era un obstáculo, para que el alma separada conociese: pues sería preciso que ó las cosas sensibles obrasen sobre el alma separada, ó esta obrase sobre ellas; y lo uno y lo otro exigirían distancia determinada. Pero tal hipótesis es insostenible: porque la abstraccion de las especies de los objetos sensibles se hace por intervencion de los sentidos y de las otras potencias sensitivas (5),

derada en absoluto no son necesarios los sentidos, ni los fantasmas, los cuales solo sirven de medios al efecto en el presente estado de vida; y por tanto que el decir que *la abstraccion de las especies de los objetos sensibles se hace por intervencion de los sentidos...* no es verdad en el sentido absoluto de la palabra; lo cual prueba por la razon de que el ser imaginable no es medio entre lo sensible y lo inteligible, sino un efecto de la sensibilidad solamente. Además de que una cosa puede ser medio respecto de una virtud activa, y no serlo de otra, como sucede con el *medio local* relativamente á la virtud divina; y así, aunque el ser imaginable fuera un medio entre lo sensible y lo inteligible, todavia no sería esto verdad en orden á toda clase de virtud abstractiva, sino exclusivamente con relacion á la virtud imperfecta, de que goza nuestro entendimiento durante la union con los sentidos. A todo lo cual debe contestarse que el ser imaginable es un medio necesario para la abstraccion, ó para que se efectúen los seres inteligibles,

que no subsisten en acto (1) en el alma separada, la cual *conoce los singulares mediante el influjo de las especies recibidas por luz divina, indiferente á lo cercano y lo distante*: y por consiguiente, *la distancia local no impide al alma separada el conocimiento*.

Al argumento 1.º dirémos, que no dice San Agustín que, por estar allí las almas de los muertos, no pueden ver lo que aquí sucede, de modo que la distancia local sea la causa de esta ignorancia, cuya causa puede ser alguna otra, como luego se dirá (a. 8).

Al 2.º que San Agustín habla allí según la opinión de algunos, que suponían que los demonios tienen cuerpos, que les están naturalmente unidos (2); en cuyo supuesto pueden tener aún potencias sensitivas, para cuyo conocimiento se requiere determinada distancia; opinión que el mismo San Agustín menciona (ibid.) espresamente, aunque más bien narrando que apoyándola al parecer, como consta por lo que dice (De civit. Dei, l. 21, c. 10) (3).

Al 3.º que las cosas futuras distantes en tiempo no son entes en acto, ni por lo tanto susceptibles de ser conocidas por sí mismas; puesto que, cuanto falta de entidad á una cosa, tanto es ménos cognoscible: al paso que los objetos localmente distantes entre sí son entes en acto y pueden ser conocidos en sí mismos. No hay pues paridad entre la distancia local y la del tiempo.

ARTÍCULO VIII. — *¿Las almas separadas conocen las cosas, que aquí se hacen?* (4).

1.º Parece que las almas separadas conocen lo que pasa aquí (*en la tierra*): porque, si no lo conociesen, no se cuida-

que emanan de los objetos exteriores sensibles: siendo tal el orden de la naturaleza que no puede ser trastornado por ninguna virtud creada. La prueba completa de esta verdad debe verse en la C. 55, a. 2, por cuya razón aquí la omitimos.

M. C. G.

(1) Aunque sí radicalmente y como en su principio. El ablativo *actu* no afecta á *separata*, que le precede, sino que modifica al verbo siguiente *manent*. Por esto varios comentaristas anotan cambiando el hipérbaton en la construcción gramatical aclaratoria *non manent actu*, que disipa toda ambigüedad ó duda.

(2) C. 51, a. 1. Véase pág. 430 y su nota 2.

(3) Donde habla espresamente de «cuerpo aéreo, cuya

rían de ello, como se sabe les interesa por aquellas palabras (Luc. 16, 28): *Tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos*. Luego las almas separadas conocen lo que aquí se ejecuta.

2.º Frecuentemente los muertos se aparecen á los vivos dormidos ó despiertos, y les amonestan sobre las cosas, que aquí suceden: así Samuel se apareció á Saul (1 Reg. 28) (5). Esto no sucedería, si no conociesen las cosas de acá. Luego conocen lo que aquí pasa.

3.º Las almas separadas conocen lo que sucede entre ellas; y, si no conociesen lo que pasa entre nosotros, sería por causa de la distancia local, que lo impediría: lo cual queda negado (a. 7).

Por el contrario, dicese (Job 14, 21): *que sus hijos sean nobles ó viles, no lo entenderá*.

Conclusion. *Las almas de los muertos no saben por conocimiento natural lo que aquí sucede; pero sí por otro más elevado debido á la gracia*.

Responderémos que *las almas de los muertos no saben lo que aquí sucede por conocimiento natural*, del que ahora se trata; y la razón de esto puede deducirse de lo dicho (a. 4) (6): porque el alma separada conoce los singulares en el hecho mismo de estar en cierto modo determinada á ellos, ya por reminiscencia de algún conocimiento anterior, ó ya por disposición divina. Mas las almas de los muertos por divina disposición y según su modo de ser se hallan separadas del trato con los vivos y en comunicación con las sustancias espirituales separadas del cuerpo; por cuya razón ignoran lo que entre nosotros se hace: razón insinuada por San Gregorio (Mor. l. 12, c. 14): «los muertos no saben cómo se arregla la vida de los que les sobreviven en carne, por-

» movilidad escude á la rapidez del vuelo de las aves ».

(4) Naturalmente no, pero sí por gracia. Punto íntimamente relacionado con la eficacia de nuestras invocaciones á los Santos, y que por lo mismo afecta al dogma, especialmente en su segundo extremo afirmativo.

(5) Que hizo á la Pitonisa evocar el alma de aquel gran Profeta, tomándola como *medium* por un procedimiento análogo al de los espiritistas de nuestros días, disfrazándose al efecto y obteniendo un resultado harto funesto y bien diferente del que se prometía: la próxima pérdida del trono y de la vida.

(6) Véanse allí los cuatro modos de conocer asignados á las almas separadas.

» que la vida del espíritu dista mucho de la del cuerpo»; y, así como los seres corpóreos é incorpóreos son de diverso género, lo es asimismo su conocimiento. También San Agustín parece tocar este punto (De cura pro mort. agenda, c. 13) diciendo que «las almas de los muertos no intervienen en los asuntos de los vivos». Mas en cuanto á las almas de los bienaventurados parecen discordes San Gregorio y San Agustín. El primero añade en el lugar citado: «lo cual sin embargo no debe pensarse de las almas santas; porque no es de creer de modo alguno, que las que ven íntimamente la claridad de Dios omnipotente, ignoren algo de lo que afuera sucede»; y San Agustín dice espresamente (ibid. c. 13 y 14) que «no saben los muertos, aún los santos, qué es lo que hacen los vivos y sus hijos», como se lee en la Glosa (*interl*) de San Agustín sobre aquellas palabras (Is. 64, 16): *Abraham no nos conoció*; y lo comprueba, porque no era visitado de su madre, ni consolado en sus aflicciones como cuando vivía, ni es probable que se haya hecho más cruel en vida más feliz; y por la promesa del Señor al Rey Josías de que moriría antes, para que no presenciase los males que afligirían á su pueblo (IV Reg. 22, 20).

San Agustín empero lo dice en duda, advirtiendo de antemano, «cada uno tomará lo que digo según le parezca»; y San Gregorio afirmativamente, como lo prueban sus palabras, «de ningún modo debe creerse.....». Parece más probable en conformidad con San Gregorio que las almas de los santos, que ven á Dios, conocen todo lo que actualmente (1) sucede aquí; pues son iguales á los ángeles, de quienes aún San Agustín (ibid. c. 15)

asegura que «no ignoran lo que sucede entre los vivos»; y, como las almas de los santos están perfectísimamente unidas á la justicia divina, ni se entristecen, ni se mezclan en los asuntos de los vivos, sino según la justicia divina lo dispone.

Al argumento 1.º dirémos, que las almas de los muertos pueden cuidarse de las cosas de los vivos, aún cuando ignoren su estado; como nosotros nos interesamos por los muertos, aplicándoles sufragios, aunque no sepamos cuál es su actual situación. Pueden también conocer las acciones de los vivos, no por sí mismos, sino por medio de las almas de los que pasan de esta vida á la otra, ó por medio de los ángeles ó de los demonios, ó también por revelación del Espíritu de Dios, como dice San Agustín (ibid. c. 15).

Al 2.º que el aparecerse los muertos á los vivos alguna que otra vez, ó se verifica por especial permisión de Dios de que las almas de los muertos intervengan en los hechos de los vivos, lo cual debe mirarse como milagro divino; ó bien estas apariciones son obra de los ángeles buenos ó malos, aún sin saberlo los muertos, al modo que los vivos se aparecen á otros vivos en el sueño según San Agustín (ibid. c. 10): como puede decirse de Samuel, que se apareció él mismo á Saul por revelación divina, según se dice (Eccli. 46 y 23) que *murió, y mostró al rey el fin de su vida*: ó bien, se puede atribuir á los demonios aquella aparición, en caso de no aceptarse la autoridad del Eclesiástico, por no contarse entre las Escrituras canónicas de los hebreos (2).

Al 3.º que esa ignorancia no proviene de la distancia local, sino de la asignada antes.

(1) Entiéndase únicamente de las cosas singulares y sensibles, y no de las que solo penden de la libre voluntad de los hombres.

(2) Bien sabido es que el Concilio Tridentino (sess. 4, decr. 1) incluyó dicho libro en el cánon ó catálogo de los revelados; y el mismo Santo Tomás lo reconoce asimismo por canónico

de acuerdo con los SS. PP. y Doctores de la Iglesia más caracterizados, como San Ambrosio, San Agustín y San Cipriano entre los latinos, y de los griegos San Clemente de Alejandría, Orígenes, etc. Este punto de la evocación de Samuel por Saul se dilucida más de propósito en la 2.ª 2.ª p. C. 174, a. 5, al 4.º Véase allí.